

siempre la misma, la que Napoleón había substituído á la organización del ejército del Rhin, y cuya excelencia acababa de reconocer en la campaña de Austria, primera en que se vió un ejército de doscientos mil hombres dirigido por un solo jefe. El ejército continuaba dividido en cuerpos completos de infantería y artillería, pero que no tenían más caballería para su custodia que unos cuantos cazadores y húsares. El grueso de la caballería continuaba reunido bajo el mando de Murat, y directamente á las órdenes del mismo Napoleón por los motivos que ya en otra parte manifestamos. La guardia y las compañías de preferencia formaban una reserva general de todas armas que no se separaba nunca de Napoleón y que le acompañaba á todas partes, no para vigilar su persona, sino para coadyuvar más eficazmente á sus intenciones.

Diéronse las órdenes de empezar los movimientos con la anticipación suficiente para que pudieran ejecutarse en los primeros días de octubre. Mandó Napoleón á los mariscales Ney y Soult que se reuniesen hacia Bayreuth para formar el ala derecha del ejército; á los mariscales Davout y Bernadotte que se reuniesen en los contornos de Bamberg para formar el centro; y á los mariscales Lannes y Augereau que ocupasen juntos los alrededores de Coburgo para formar el ala izquierda. De este modo reconcentrabas sus fuerzas en las fronteras de Sajonia, con las miras militares cuya extensión y profundidad podremos apreciar en breve. Murat tenía orden de reunir la caballería en el Wurtzburgo: la guardia de infantería, trasladada al Rhin en seis días, se encaminaba al mismo punto. Estos diversos cuerpos debían hallarse en su destino del 3 al 4 de octubre; encargábaseles particularmente que no traspasasen las fronteras de Sajonia.

Todo así dispuesto, así para la defensa del imperio como para la guerra activa que iba á emprenderse, resolvió Napoleón dejar á París. Nada de nuevo había ocurrido en cuanto á relaciones con la Prusia: el ministro Laforest había guardado el silencio que le encargó Napoleón, pero escribía que habiendo partido con dirección á su ejército el rey, dominado por las pasiones de la corte y de la joven aristocracia, ya no había esperanzas de evitar la guerra, á no ser que entre los dos monarcas presentes en sus cuarteles generales mediasen algunas explicaciones directas que aclarasen aquel deplorable embrollo, y pudieran dejar satisfecho el orgullo de los dos gobiernos. Por desgracia semejantes explicaciones no eran de esperar. Mr. de Knobelsdorf sin dejar á París continuaba protestando intenciones pacíficas de parte de su gabinete. Mal enterado de los negocios secretos y de todo punto extraño á las pasiones que dominaban á su corte, que por otra parte no comprendía, representaba en la corte de Napoleón el papel de un personaje, aunque respetado, enteramente inútil. Las noticias del Norte pintaban á la Rusia como muy interesada en corresponder á los deseos de la Prusia, enteramente dedicada á disponer sus ejércitos. Las noticias del Austria representaban á esta corte como extenuada, llena de rencor contra la Prusia, y muy poco temible para la Francia mientras ésta no sufriese algún revés de consideración. Por lo que hace á la Inglaterra, muerto ya Mr. Fox, el partido triunfante de la guerra había reasumido sus pretensiones en ciertas proposicio-

nes inadmisibles, como por ejemplo, conceder las islas Baleares, la Sicilia y la Dalmacia á los Borbones de Nápoles, ó lo que era lo mismo á los ingleses: proposiciones que lord Lauderdale, á fuer de sincero partidario de la paz, sostenía metódicamente con una candorosa ignorancia de las verdaderas intenciones de su gabinete.

No quiso Napoleón despedirle secamente, pero le hizo dar una contestación que equivalía á entregarle sus pasaportes. En seguida mandó se pasase una comunicación al senado en que se expusieran las largas negociaciones de la Francia con la Prusia y la triste conclusión que habían tenido. Sin embargo, hizo que se demorase por entonces su remisión hasta tanto que la guerra entre las dos cortes se declarase irrevocablemente. Como entretanto era preciso motivar su ausencia de París, mandó anunciar que en una situación como aquella en que las potencias del Norte tomaban una actitud amenazadora, juzgaba necesario ponerse al frente de su ejército para estar en disposición de ocurrir á cualquiera contingencia; y celebró otro consejo para explicar á los dignatarios del imperio sus deberes y atribuciones en los diversos casos que pudieran presentarse. El archicanciller Cambaceres que poseía toda su confianza aun cuando dejaba en París á sus hermanos Luis y José, debía forzosamente poseerla todavía mayor no quedando allí ninguno de los príncipes de su familia; en efecto, confióle Napoleón los más amplios poderes bajo los diversos títulos de presidente del senado, presidente del Consejo de Estado, y presidente del Consejo del imperio. Junot, que era uno de los más fieles adictos de Napoleón, tenía el mando de las tropas acantonadas en la capital. Sólo quedaban en París las mujeres de la familia imperial, aunque también en esta ocasión, con el decoroso pretexto del amor á su esposo, lejos del cual no podría menos de vivir sobresaltada, consiguió Josefina permiso para acompañarle hasta las orillas del Rhin, siendo lo cierto que por este medio, estableciéndose en Maguncia, esperaba tener con frecuencia prontas noticias de cuanto le ocurriese. Además del gobierno del imperio debía reasumir el archicanciller el de la familia imperial; tenía expreso encargo de aconsejar y contener á sus individuos cuando en alguna cosa se separasen de la vía decorosa ó de las reglas trazadas por el mismo emperador.

Emprendió éste su marcha en la noche del 24 al 25 de septiembre, acompañado de la emperatriz y de monsieur de Talleyrand; detúvose unas cuantas horas en Metz para ver la plaza, y se dirigió en seguida á Maguncia, adonde llegó el día 28. Supo en esta ciudad que se había cruzado en el camino con un correo de Berlín que debía llevarle las últimas explicaciones de la corte de Prusia, el cual seguía corriendo hacia París; y viendo que sólo internándose en Alemania podía proporcionarse los esclarecimientos definitivos que esperaba, se dispuso á continuar su viaje. Vió en Maguncia al mariscal Kellermann, encargado de la organización de los depósitos, y al general Mortier, que tenía el mando del octavo cuerpo, y les explicó nuevamente cómo se habían de conducir en cualquier ocurrencia. Hizo completar las provisiones de Maguncia, introdujo varias modificaciones en el armamento de la plaza, apresuró la salida de los soldados jóvenes sacados de los depósi-

tos, la traslación de los víveres y municiones destinados á pasar del Rhin al Mein, y á subir después por el Mein hasta Wurtzburgo. Tenía un pequeño cuerpo de oficiales de órdenes que corriendo en todas direcciones y presentándose á cada instante para darle cuenta de los encargos que habían recibido, acostumbrados á no afirmar cosa alguna que por sus propios ojos no hubiesen visto, iban y venían sin cesar para enterarle del verdadero estado de las cosas y del punto á que hubiese llegado el cumplimiento de sus prescripciones. En Maguncia despidió Napoleón su servidumbre civil para quedarse solamente con sus lados militares. No pudo dominar la emoción que le causaron las lágrimas de la emperatriz, porque aunque lleno de confianza, cedía por fin también á la inquietud general que inspiraba en los que le rodeaban la perspectiva de una prolongada guerra en las lejanas regiones del Norte con naciones poco conocidas. Separóse, pues, con cierta pesadumbre de Josefina y de Mr. Talleyrand, y atravesó el Rhin, unas veces absorto en sus magníficos pensamientos y en el espectáculo de sus inmensos preparativos, dominado otras por un género de emociones cuyas señales borraba más fácilmente de su semblante imperioso y tranquilo que de su corazón.

Esperábase en Wurtzburgo una grande afluencia de generales y príncipes alemanes que acudían á tributarle sus obsequios. Precedíalos á todos el nuevo duque de Wurtzburgo, propietario y soberano de aquella tierra, el cual recordaba á Napoleón, que le había tratado en Italia, los primeros días de su gloria y las más amistosas relaciones, pues de todos los soberanos de Italia él era el único á quien no había sorprendido en la secreta tarea de hacer daño al ejército francés. Por eso le había costado tanta repugnancia obligarle á participar con los otros de las vicisitudes generales. Fué recibido Napoleón en el palacio de los antiguos obispos de Wurtzburgo, palacio magnífico, poco inferior al de Versalles, suntuoso monumento de las riquezas de la Iglesia germánica, tan poderosa y tan espléndidamente dotada en otros tiempos, y tan pobre y decaída ahora. Tuvo con el archiduque Fernando una larga plática sobre la situación general de las cosas, y particularmente sobre las disposiciones de la corte de Austria, con la cual estaba ligado este príncipe como su más cercano pariente por ser hermano del emperador Francisco, y de las cuales estaba perfectamente enterado. El duque de Wurtzburgo, amante de la paz, ilustrado como todos los príncipes austriacos educados en Toscana, deseaba por su misma tranquilidad un acomodamiento entre el Austria y la Francia. Tomó pie de los últimos acontecimientos para hablar á Napoleón de la grave cuestión de las alianzas, para censurar la de Prusia y encarecer la del Austria; procuró insinuarle algunas de las ideas que habían prevalecido en el último siglo cuando los dos gabinetes de Versalles y de Viena, coligados contra el de Berlín, estaban unidos por el doble vínculo de una guerra común y de los enlaces matrimoniales; le recordó que la época de aquella alianza había sido la más brillante para la marina francesa, y se esforzó en demostrarle que la Francia, más poderosa en el continente de lo que había menester, carecía en la actualidad de la fuerza marítima necesaria para restablecer y proteger su comercio, aniquilado en los últimos quince años. Este

lenguaje nada tenía de nuevo para Napoleón, porque Mr. de Talleyrand se explicaba con él todos los días en el mismo sentido. El duque de Wurtzburgo creía en la apariencia que la corte de Viena aprovecharía gustosa aquella ocasión de trabar amistad con la Francia y de granjearse en ella un apoyo, en vez de un enemigo siempre amenazador; y Napoleón, predispuesto por las circunstancias presentes en favor de semejantes ideas, se mostró tan convencido, que escribió de su propio puño á su embajador Mr. de La Rochefoucauld encargándole que hiciese en Viena ciertas invitaciones amistosas, reservadas lo bastante para que su dignidad no se menoscabase, bastantemente significativas para que el Austria supiese que de ella dependía el trabar con la Francia íntimas relaciones (1).

Por muy confiado y poderoso que fuese, empezaba á comprender Napoleón que sin una gran liga continental, estaría siempre expuesto á ver retonar las coaliciones, distraído de su contienda con la Inglaterra, y precisado á consumir en el continente los recursos que

(1) Citamos la siguiente carta escrita por Napoleón á Mr. de La Rochefoucauld, como prueba de las disposiciones que le atribuímos en la época de que vamos hablando. Las expresiones violentas de que se vale al hablar de la Prusia, deben tan sólo atribuirse á la exasperación que le producía la conducta inesperada que con él observaba aquella corte. No eran estas las palabras de que por lo común usaba, sobre todo con el rey de Prusia, á quien nunca dejó de profesar una sincera estimación.

A Mr. de la Rochefoucauld, mi embajador cerca de S. M. el emperador de Austria.

Estoy desde ayer en Wurtzburgo, con lo que he tenido ocasión de hablar largo tiempo con S. A. R. Le he manifestado mi firme resolución de romper todos los vínculos de alianza que me unían con la Prusia, sea cual fuere el resultado de los negocios actuales. Según mis últimas noticias de Berlín, es posible que la guerra no se verifique; pero estoy resuelto á no ser yo el aliado de una potencia tan versátil y despreciable. Sin duda quedará en paz con ella, porque sé que no tengo el derecho de derramar bajo frívolos pretextos la sangre de mis pueblos; pero la necesidad de dirigir mi solicitud hacia mi marina, me obliga á aceptar una alianza en el continente. Las circunstancias me habían conducido á una alianza con la Prusia; pero esta potencia se muestra hoy lo mismo que fué en 1740 y en todas las épocas, inconsecuente y sin honor. He estimado siempre al emperador de Austria, aun en medio de sus reveses y de los acontecimientos que nos han dividido, porque le juzgo constante y fiel á su palabra. Explíquese usted en este sentido sin mostrar sin embargo una premura intempestiva. Mi posición y mis fuerzas son tales, que á nadie tengo que temer; pero al cabo todos estos esfuerzos pesan sobre mis pueblos. De las tres potencias, Rusia, Prusia y Austria, necesito á una como aliada: de la Prusia no puede uno fiarse en ningún caso; quedan, pues, solamente la Rusia y el Austria. La marina ha florecido en Francia en otros tiempos por los beneficios que de nuestra alianza con el Austria hemos reportado. Es' a potencia por otra parte necesita permanecer sosegada, deseo que yo también experimento con toda sinceridad. Una alianza basada en la independencia del imperio otomano, bajo la garantía de nuestros Estados y de ciertos vínculos que consolidarían el reposo de la Europa, y que me pondrían en posición de poder consagrar mis esfuerzos á mi marina, me convendría mucho. Habiéndomelo ya insinuado muchas veces la casa de Austria, el momento actual es el más favorable para realizarlo si ella lo sabe aprovechar. Nada más le digo á usted. He manifestado más minuciosamente mis deseos al príncipe de Benevento, quien no dejará de comunicároslos. Por lo demás, su encargo de usted quedará cumplido el día en que usted dé á entender, lo más ligeramente que le sea posible, que no repugnaría un sistema que estrechase mis relaciones con el Austria. No deje usted de vigilar sobre la Moldavia y la Valaquia para avisarme los movimientos de los rusos contra el imperio otomano. Con lo cual, etc., etc.—
NAPOLÉON. (N. del A.)

debiera exclusivamente consumir en la mar. Habiéndole faltado últimamente la alianza con la Prusia, que por desgracia había cultivado muy poco, se veía naturalmente conducido á la idea de tratar alianza con el Austria; pero este pensamiento enteramente nuevo en él, era una ilusión pasajera, poco digna de la robusta perspicacia de su inteligencia. Es indudable que si él hubiese querido de repente comprar esta nueva alianza con cualquier sacrificio, y restituir al Austria alguno de los despojos que le había quitado, la concordia hubiera sido posible. ¡Dios sabe si hubiera sido sincera! Pero ¿cómo pedir al Austria, despojada en solos diez años de los Países Bajos, la Lombardía, los ducados de Módena y Toscana, la Suabia, el Tirol y la corona germánica, que formase liga con el conquistador que la había quitado tantos territorios y potencias? Bien podía esperarse su neutralidad después de la palabra dada en el vivac de Urschitz y bajo el influjo de los recuerdos de Rívoli, Marengo y Austerlitz; pero reducirla á entrar de grado en una alianza, era una quimera de Mr. de Talleyrand y del duque de Wurtzburgo, llevado aquél por sus inclinaciones personales, y dominado éste por los intereses de su nueva posición. Esta tendencia á buscar una alianza imposible hacía evidente el error que se había cometido en tratar con ligereza la alianza de la Prusia, que era á un mismo tiempo posible, fácil y fecunda en grandes intereses comunes. Además al hacer estas invitaciones al Austria, sólo había intentado Napoleón poner en planta como de pasada una idea útil, pero cuyo éxito no juzgaba como indispensable en el alto grado de poder á que había llegado. En efecto, á pesar de cuanto se decía de los prusianos, esperaba batirlos tan completamente y con tanta presteza, que la Europa quedase en breve á sus pies, y que á falta de la buena fe de sus enemigos, le sirviese de aliada la misma impotencia á que quedarían reducidos.

También se vió llegar á Wurtzburgo á un miembro muy influyente de la confederación del Rhin, que era el rey de Wurtemberg, en otro tiempo simple elector, y hoy ya rey por mano de Napoleón; príncipe conocido por lo irascible de su carácter y por la perspicacia de su talento. Tenía que arreglar con él Napoleón los pormenores del ya tratado enlace del príncipe Jerónimo Bonaparte con la princesa Catalina de Wurtemberg. Después de haber conferenciado sobre este asunto de familia, se puso Napoleón de acuerdo con el rey de Wurtemberg sobre el auxilio de los confederados del Rhin, todos los cuales reunidos debían suministrar una fuerza de cuarenta mil hombres, sin contar los quince mil bávaros reconcentrados en los contornos de Braunau. Los alemanes auxiliares estaban quejosos de haber servido bajo las órdenes del mariscal Bernadotte en la campaña de Austria; los bávaros principalmente pedían como especial merced no volver á servir con este mariscal. Decidióse que todos los auxiliares alemanes serían reunidos en un solo cuerpo y que acompañarían como formando séquito al grande ejército, bajo las órdenes del príncipe Jerónimo que había dejado el servicio de mar por el de tierra. Este príncipe estaba destinado á contraer enlace con una princesa alemana, y quizás también á recibir en Alemania su dote; por lo tanto era prudente familiarizarle con los alemanes y á éstos con uno de sus futuros soberanos.

La conferencia del emperador de los franceses con el monarca alemán giró después sobre la corte de Prusia. El rey de Wurtemberg podía dar á Napoleón noticias útiles por cuanto tenía muchas cartas de Berlín, las cuales pintaban con fuertes colores la exaltación que se había apoderado hasta de los cerebros que debían suponerse más tranquilos. El mismo duque de Brunswick, que por su edad y por su claro entendimiento parecía deberse preservar del general contagio, cedió al torrente, y escribió al rey de Wurtemberg, amenazándole con plantar luego las águilas prusianas en Stuttgart si no se separaba de la confederación del Rhin. El rey de Wurtemberg, sin dejarse intimidar, enseñó todas aquellas cartas á Napoleón, el cual utilizando el aviso, concibió contra la corte de Prusia un resentimiento doble. Tomó minuciosos informes sobre el ejército prusiano y su mérito positivo; el rey de Wurtemberg le hizo tan grandes elogios de su caballería y se la pintó como tan formidable, que Napoleón bajo la impresión de lo que acababa de oír se lo comunicó al punto á sus oficiales, les dispuso para arrostrar su encuentro, les recordó el modo de maniobrar en Egipto, y les dijo con aquella expresión animada que le era peculiar, que era preciso marchar sobre Berlín formando un cuadro de doscientos mil hombres.

Aunque Napoleón no había recibido ninguna declaración definitiva de la corte de Prusia, el mero hecho de la invasión de Sajonia por el ejército prusiano, le decidió á considerar como declarada la guerra. El año anterior había calificado de hostilidad la invasión de la Baviera por el Austria; por lo mismo calificaba ahora como tal la invasión de la Sajonia por la Prusia: modo ingenioso de plantear la cuestión, porque así sólo parecía intervenir en Alemania para proteger á los príncipes alemanes de segundo orden contra los de primero. Por otra parte, estas condiciones á la sazón hacían considerarse como definitivamente declarada la guerra, porque los prusianos habían atravesado el Elba por el puente de Dresde y hasta tocaban ya á la última frontera de Sajonia, así como los franceses llegaban á ella por su lado ocupando el territorio de la Franconia.

Si no se echase una mirada sobre la configuración general de Alemania, no sería fácil comprender el plan de campaña de Napoleón contra la Prusia, que es ciertamente uno de los más grandes y admirables que concibió y realizó en su vida.

Del mismo modo que se reparten el Austria y la Prusia las riquezas, la dominación y la política de Alemania, dejando entre ambas cierto número de Estados secundarios que por su situación geográfica, por las leyes del imperio y por la influencia francesa se han conservado hasta ahora independientes, del mismo modo se reparten su suelo. El Austria está situada al Oriente de Alemania, la Prusia al Norte; el Austria ocupa y se extiende en casi todo el floreciente valle del Danubio que, estrechándose en un principio entre los Alpes y las montañas de Bohemia, formando sinuosidades y ensanchándose después por debajo de Viena hasta ocupar un espacio de cien leguas entre los Cárpatos y las montañas de la Iliria, abraza con sus anchurosas bargas el floreciente reino de Hungría. Al Austria hay que buscarla en lo más profundo de este gran valle, atravesando el alto Rhin por entre Strasburgo y Basilea, atravesando des-

pués los desfiladeros de la Suabia, bajando por la corriente del Danubio por un terreno peligroso hasta el remanso en cuyo centro se eleva y domina Viena. La Prusia por el contrario se halla establecida en las vastas llanuras del Norte, cuya entrada ocupa, y por lo cual se la llamaba en otro tiempo *marca de Brandeburgo*. Para llegar á ella es menester, no ya seguir el Rhin corriente arriba hasta Basilea, sino atravesarle por Maguncia, hacia la mitad de su curso, ó seguirle corriente abajo hasta Wesel y salvar de este modo, ó rodear el centro montuoso de Alemania. No bien se trasponen las montañas poco elevadas de la Franconia, la Turingia y Hesse, se desemboca en una inmensa llanura que sucesivamente recorren el Wésér, el Elba, el Óder, el Vístula y el Niemen, terminando al Norte en el Océano septentrional, y por el Levante al pie de los montes Urales. Esta llanura es la que en la longitud del Norte lleva el nombre de Westfalia, Hannover y Prusia, de Polonia en lo interior del continente, y de Rusia en la tierra que se extiende hasta el Ural. Al recuesto de las montañas de Alemania por las cuales se pasa, es decir, en Sajonia, en Turingia y en Hesse, la cubre un sólido terreno vegetal, y una fecunda tierra de aluvión en las márgenes de los ríos; pero en los intervalos que separan estos ríos, y principalmente en toda la longitud del mar, es por lo común arenosa, y las aguas sin salida forman en ella un número infinito de lagos y pantanos. No ofrece su terreno más variedad que dunas de arena, ni más vegetación que pinos, abedules y algunas encinas. Su aspecto es grave y triste como la mar cuya imagen representa con frecuencia, como la vegetación alta y sombría de que se reviste, como el cielo del Norte. Es muy fértil en las orillas de los ríos; pero en lo interior sólo ofrece un ingrato cultivo diseminado por los claros que dejan sus pinares, y si alguna vez presenta el espectáculo de la abundancia es sólo cuando su suelo recibe el abono de numerosos ganados. Pero tal es el poder de la economía, de la perseverancia y del valor, que en aquellos arenales se ha llegado á formar un estado de primer orden como la Prusia, que si no es rico, goza por lo menos de bienestar: obra atrevida y laboriosa del gran Federico II, y de una serie de príncipes que, antes ó después de éste, sin tener su mismo genio, han procedido por su mismo espíritu. Tal es también el poder de la civilización, que del seno de aquellos pantanos rodeados de montecillos de arena y sombreados con abedules y pinos, sacó el gran Federico el palacio de Potsdam, que es el Versalles del Norte, donde el genio de las artes ha sabido impregnar de gracia y de elegancia la tristeza de aquellas sombrías y gélidas regiones.

El Elba, que es el primer río caudaloso que se encuentra en aquella llanura bajando de las montañas del centro de Alemania, es el asiento principal del poder prusiano, el baluarte que le protege y el vehículo que transporta sus productos. En su curso superior riega las campiñas de Sajonia, atraviesa á Dresde y baña el pie de la fortaleza de Torgau, sajona también en otro tiempo; pasa después por medio de la Prusia, rodea á Magdeburgo, su principal fortaleza, protege á Berlín su capital, que está situada al otro lado de su corriente, á igual distancia del Elba y del Óder, entre lagos, dunas y canales; y por fin antes de desaguar en el mar del Norte, forma el puerto de la opulenta ciudad de Ham-

burgo, que por sus aguas introduce en Alemania las producciones del universo. Con esta sencilla descripción del Elba bastará para comprender por qué la Prusia ambiciona poseer su curso entero, y hacerse por un lado con la Sajonia y por otro con las ciudades anseáticas y el Hannover. Esta ambición parece hoy amortiguada, porque todas las ambiciones europeas, asociadas á costa de la Francia en 1815, están temporalmente adormecidas; pero en la época cuya historia referimos, el general trastorno de los Estados había avivado y puesto en evidencia todos los deseos. La Prusia nos había pedido las ciudades anseáticas, cuya dependencia bajo el nombre de Confederación del Norte pretendía también la Sajonia, y era natural que por lo tocante á ese último Estado se mostrase Napoleón tan codicioso como con la Baviera, una vez que cometía el error de tener envidia á la Prusia.

El Elba es, pues, el río que conviene ganar y atravesar cuando se quiere llevar la guerra á la Prusia, así como es el Danubio el que debe seguirse corriente abajo cuando se hace la guerra al Austria. Una vez forzado el paso del Elba, acaban las defensas de la Prusia, porque con aquél se le quita la Sajonia, se le inutiliza á Magdeburgo y se quita su protección á Berlín. Hasta las mismas vías del comercio quedan en poder del enemigo, lo cual, si la guerra se prolonga, es de suma gravedad. Así, mientras que por lo tocante al Danubio es forzoso bajar su corriente hasta Viena después de haber llegado casi hasta sus fuentes, por lo que hace al Elba basta atravesarle para lograr el objeto principal; y siendo el designio tan vasto como era el de Napoleón, es entonces necesario dirigirse al Óder para interponerse entre la Prusia y la Rusia é interceptar los socorros que pudiera ésta enviarla. Es preciso además internarse hasta el Vístula, batir á la Rusia en Polonia, donde tantos resentimientos germinan contra ella, y seguir el ejemplo de Aníbal que llevó la guerra al centro mismo de las provincias italianas, ansiosas de sacudir el yugo mal seguro de la antigua Roma. Tales son los grados de esa inmensa expedición hacia el Norte que sólo Napoleón ha intentado hasta hora. ¿Habrá por ventura quien vuelva á emprenderla? Aún lo ignora el universo; pero si tal es el designio de la Providencia, que sea por lo menos una tentativa formal en favor de la libertad y de la independencia del Occidente.

Pero para llegar á aquella llanura septentrional, á cuya entrada está situada la Prusia, hay que atravesar la región montañosa que constituye el centro de Alemania, ó bien tomar su vuelta encaminándose hacia la playa llana que con el nombre de Westfalia se extiende entre las montañas y el mar del Norte.

Esta región, que cierra la entrada de la Prusia, se compone de un conjunto de alturas cubiertas de vegetación, que por un lado se une con la Bohemia y por el otro sube al Norte hasta las llanuras de la Westfalia, en cuyo centro termina después de encumbrarse un breve espacio para formar las cumbres del Hartz tan abundantes en metales. Este grupo montañoso que separa las aguas del Rhin de las del Elba, cubierto de bosques en su parte superior, vierte al Rhin el Mein, el Lahn, el Sieg, el Ruhr y el Lipe; al Elba el Elster, el Saale y el Unstrut, y vierte por último directamente al mar del Norte el Ems y el Wésér.

Para atravesarla se presentan diversos caminos: en primer lugar se puede, saliendo de Maguncia, tomar por la derecha, subir el quebrado valle del Mein hasta más allá de Wurtzburgo, y aun hasta sus mismas fuentes; allí, en las cercanías de Coburgo, se encuentran las enmarañadas alturas que con el nombre de selva de Turingia separan la Franconia de la Sajonia, y de las cuales bajan, el Mein por un lado, y el Saale por el otro. Atraviésanse por tres desfiladeros, que son el de Bayreuth en Hof, el de Kronach en Schleitz y el de Coburgo en Saafeld, y después se baja á la Sajonia por el valle del Saale. Este es el primer camino. El segundo está á la izquierda de las enmarañadas alturas que forman la selva de Turingia. Para tomarlo se sube el Mein corriente arriba, desde Maguncia hasta Hanau; allí se tuerce con dirección al valle de la Werra, ó sea tierra de Fulda, déjase á la derecha la selva de Turingia, se baja por Eisenach, Gotha y Weimar á las llanuras de Turingia y de Sajonia, y se llega á las orillas del Elba. Este camino de Franfort á Lipsia ha sido siempre la carretera principal de Alemania.

El último camino, finalmente, se hace rodeando el centro montuoso de Alemania y subiendo al Norte hasta llegar á la llanura de la Westfalia, lo cual se verifica siguiendo el curso del río hasta Wesel, atravesándole en este mismo punto, y continuando después por la Westfalia y el Hannover, con las montañas á la derecha y á la izquierda el mar. Siguiendo este camino se dejan atrás el Ems, el Wésér, y por último el Elba, que al llegar á esta extremidad de su corriente es uno de los ríos más considerables de Europa.

De todos estos modos de penetrar en la llanura del Norte, eligió Napoleón el primero, que es el que conduce desde las fuentes del Mein á las del Saale, atravesando los desfiladeros de la Franconia.

Los motivos de esta elección eran profundos: en primer lugar tenía sus tropas en la Franconia superior, y si las hubiera trasladado hacia el Norte para entrar en la Westfalia, se hubiera expuesto á duplicar ó triplicar el camino y á descubrir su movimiento por la mera longitud de la travesía. Además del rodeo y de lo que éste podía significar, se hubiera encontrado con el Ems, el Wésér y el Elba, y hubiera tenido precisión de atravesarlos por la parte inferior de sus corrientes, es decir, por donde ya son obstáculos formidables. Estas razones hacían que sólo pudiera elegir entre dos partidos: ó tenía que tomar la carretera central de Alemania que se dirige por Francfort, Hanau, Fulda, Gotha y Weimar hacia Lipsia y pasa por la izquierda de la selva de Turingia, ó bien tenía que tomar el Mein corriente arriba hasta su nacimiento, y bajar del valle del mismo nombre al valle del Saale, para lo cual había que pasar por la derecha del mencionado bosque. Sin embargo, de estos dos caminos el segundo era muy preferible por una razón aneja al plan general de Napoleón y á su sistema de guerra. Cuanto más se inclinase hacia la derecha, más probabilidades tenía de envolver á los prusianos por su izquierda, de adelantarse á ellos hacia el Elba, de separarlos de la Sajonia, de privarles de sus recursos y soldados, de salvar el Elba por la parte de su corriente más fácil de vadear, de apoderarse de Berlín, y por último, después de haber llegado al Elba antes que los prusianos, de anticiparse también á ellos

hacia el Óder, que era por donde los rusos podían llegar á su socorro. Si lo conseguía Napoleón, hacía en cierto modo lo que había hecho el año anterior envolviendo al general austriaco Mack, interceptándole el refuerzo de los rusos, y cortando en dos mitades las fuerzas de la coalición para batirlas una después de otra. Así, pues, el gran problema que había que resolver en esta guerra, era llegar el primero al Elba y al Óder. Para esto el verdadero camino que debía preferir Napoleón eran los desfiladeros que conducen desde Franconia á la Sajonia, pasando á la derecha de la selva de Turingia, bien entendido que ya sus tropas estaban trasladadas á aquel punto y que para entrar en acción no tenía más que partir desde el paraje que ocupaban.

Pero á lo que debía principalmente atender para triunfar, era á imbuir en los prusianos la duda acerca de su verdadero proyecto, á persuadirles que tomaría el camino de Fulda, de Eisenach y de Weimar, es decir, la carretera central de Alemania, que pasa por la izquierda de la selva de Turingia. Con este objeto había situado parte de su ala izquierda, compuesta de los cuerpos 5.º y 7.º, á las órdenes de los mariscales Lannes y Augereau, hacia Koenigshofen é Hildburghausen sobre el Werra, dando á entender que iba á trasladarse á la Hesse superior. En efecto, no faltaban motivos para inducirles en error. No se limitó Napoleón á este falso amago; quiso también aumentar su incertidumbre disponiendo otros hacia la Westfalia. No tuvo otro objeto la marcha del rey de Holanda precedida de falsos rumores. No obstante, no había podido alucinar á los prusianos hasta el punto de persuadirles que Napoleón iba á atacarlos por la Westfalia; porque además de la presencia del ejército francés en la Franconia, una circunstancia accesoria había bastado para desengañarles, y era que la división de Dupont, que empleaba siempre aisladamente desde los combates de Haslach y de Albeck, había sido enviada al bajo Rhin para que ocupase el gran ducado de Berg, y al aproximarse la guerra la habían traído de nuevo hacia Maguncia y Francfort. Este movimiento de izquierda á derecha destruía toda la verosimilitud de una operación ofensiva por el lado de Westfalia, é inducía á creer que el ataque se verificaría ó bien por la tierra de Fulda, ó bien por la Franconia, es decir, por la izquierda ó por la derecha de la selva de Turingia. Pero ¿cuál de esos dos caminos prefería Napoleón? Tal era la duda que este calculador profundo mantenía con todo cuidado en el ánimo de los generales prusianos.

Difícil es formarse idea de la turbación que reinaba entre esos malhadados generales: hallábanse todos reunidos en Erfurt, al recuesto de la selva de Turingia, deliberando con los ministros, el rey, la reina y la corte, en una especie de confusión imposible de pintar. Las fuerzas prusianas, reunidas al principio en cada distrito militar, habían sido reconcentradas luego en dos masas, una en los contornos de Magdeburgo, con el duque de Brunswick á su frente, y la otra en las cercanías de Dresde, mandada por el príncipe de Hohenlohe. El ejército principal, llevado desde Magdeburgo á Naumburgo orillas del Saale, y después á Weimar y Erfurt, se hallaba á la sazón alrededor de esta última ciudad, formado á la espalda de la selva de Turingia con su frente cubierto por la dilatación de sus montes, y su iz-

quierda por las escarpadas orillas del Saale. El duque de Weimar con un grueso destacamento de tropas ligeras ocupaba el interior de la selva, extendiéndose á menudo hasta fuera de ella en sus reconocimientos. El general Rúchel formaba la derecha de este ejército con las tropas de la Westfalia.

Podía valuarse en unos noventa y tres mil hombres este ejército principal, contando el cuerpo que mandaba el general Rúchel. El segundo ejército, organizado en la Silesia, había sido enviado á la Sajonia para decidir, mitad de grado y mitad por fuerza, al desgraciado elector, que ni tenía interés en la guerra ni era inclinado á ella. Cediendo por fin al cabo de infinitas vacilaciones, acababa éste de prometer un refuerzo de veinte mil sajones de tropa bastante regular, y de entregar el puente de Dresde á los prusianos con la condición de que quedase la Sajonia protegida, situando en ella uno de los dos ejércitos de operaciones. Los veinte mil sajones no estaban dispuestos á entrar al momento en campaña, y hacían esperar al príncipe de Hohenlohe, quien subía lentamente por el Saale para tomar posición enfrente de los desfiladeros que conducen desde la Franconia á Sajonia, y enfrente de la reunión de las tropas francesas. El contingente prusiano de la tierra de Bayreuth, puesto bajo el mando del general Tauenzien, se había retirado sobre Schleitz al acercarnos nosotros, y venía á formar la vanguardia del príncipe de Hohenlohe, el cual con los veinte mil sajones que esperaba y los treinta y tantos mil prusianos de la Silesia, debía tener á su disposición un cuerpo de más de cincuenta mil hombres.

Tales eran los dos ejércitos prusianos. Toda su reserva consistía en un cuerpo de cerca de quince mil hombres que se hallaba en Magdeburgo, bajo las órdenes de un príncipe de Wurtemberg que estaba reñido con su familia. A esta enumeración hay que añadir las guarniciones de las plazas del Óder y del Vístula, que componían cerca de veinticinco mil hombres; de modo que comprendidos los veinte mil sajones, no tenían los prusianos más que ciento ochenta ó ciento ochenta y cinco mil soldados á su disposición, y de éstos sólo eran suyos propios ciento sesenta ó ciento sesenta y cinco mil (1).

(1) He aquí el estado de las fuerzas prusianas más exacto en nuestra opinión:

Vanguardia á las órdenes del duque de Weimar.	10.000	hombres.
Cuerpo principal á las órdenes del duque de Brunswick.	66.000	»
Tropas de Westfalia que formaban bajo el mando del general Rúchel el ala derecha del duque de Brunswick.	17.000	»
TOTAL del ejército principal.	93 000	»
erpo del príncipe Hohenlohe (comprendidos los sajones).	50.000	»
Reserva á las órdenes del príncipe de Wurtemberg.	15.000	»
Guarniciones del Óder y del Vístula.	25.000	»
TOTAL de fuerzas prusianas.	183.000	»

Pueden no obstante evaluarse en ciento ochenta y cinco mil, porque el cuerpo del príncipe de Hohenlohe se calculaba generalmente de más de cincuenta mil hombres. (N. del A.)

Iban pues á oponerse ciento ochenta mil alemanes á ciento noventa mil franceses, á quienes debían seguir en breve otros cien mil, y tan aguerridos que podían hacer frente á las mejores tropas europeas en la proporción de uno contra dos, y aun á veces de uno contra tres. Prescindimos del peso que hacían en la balanza el genio y la presencia de Napoleón. Muy gran locura cometían pues los prusianos en aceptar semejante lucha, aun sin contar el yerro político que envolvía una guerra entre Prusia y Francia, y que en verdad debe imputarse á ambos contendientes por igual. Fuera de esto los prusianos eran valientes, como lo fueron siempre los alemanes; pero desde la conclusión de la guerra de los siete años, es decir, desde el 1763, no habían figurado en ninguna campaña formal, porque su intervención en 1792 en la lucha de Europa contra la revolución francesa, no había sido ni muy larga ni muy encarnizada. Tampoco habían participado de ninguno de los cambios introducidos durante los últimos quince años en la organización de las tropas europeas; hacían consistir el arte de la guerra en una regularidad de movimientos mucho más útil en los meros ejercicios que en el campo de batalla, y acostumbraban á llevar en pos un número de bagajes bastante por sí solo para perder un ejército por los entorpecimientos que ocasionan en las marchas. Además el orgullo, que suele dar gran fuerza moral, era entre los prusianos, y sobre todo entre los oficiales, extraordinario, é iba acompañado en ellos de un sentimiento más noble aún, que era un patriotismo ardiente, aunque irreflexivo.

No perjudicaba menos á su ejército la confusión de los consejos que la calidad de las tropas. Había confiado el rey la dirección de esta campaña al duque de Brunswick por consideración á la antigua celebridad de éste, sobrino y discípulo del gran Federico. Pero hay reputaciones establecidas destinadas á veces á perder los imperios: porque en efecto, no es posible dejar de confiarles el mando, y una vez conferido éste, el público, que descubre la insuficiencia bajo la aureola de la gloria, censura la misma elección que él hizo necesaria, y la hace aún más enojosa socavando con una despiadada crítica la fuerza moral, sin la cual la autoridad material nada significa. Esto mismo sucedía con el duque de Brunswick: deplorábase generalmente su elección entre los prusianos, y se hacía con un atrevimiento desconocido en parte alguna, porque parecía que la libertad de pensar y de decir se había refugiado en aquella nación al seno mismo del ejército. El duque de Brunswick, dotado de conocimientos nada comunes, ventaja que no siempre poseen los hombres cuyo mérito exagera la celebridad, se juzgaba incapaz para las activas y terribles campañas de la época. Había aceptado el mando por la debilidad consiguiente á los muchos años de no poderlo tolerar en manos de rivales, y se sentía oprimido bajo esta pesada carga. Juzgando á los demás con el mismo acierto que á sí propio, estimaba en su verdadero valor la locura de la corte y de la juventud noble militar, y ésta le alarmaba tanto como su misma insuficiencia. Al lado del duque de Brunswick aparecía otro resto del reinado de Federico, que era el anciano mariscal de Mollendorf, agobiado también por el peso de los años, pero humilde y leal de corazón, sin ejercer autoridad alguna, y únicamente llamado á dar